

En defensa de la monarquía constitucional

TIMOTHY KIRKHOPE
*Director de los conservadores británicos
en el Parlamento Europeo
Ex Vicechambelán de la Reina Isabel II*

PUESTO que atravesamos una época de desconcertante cambio, tenemos la necesidad fundamental de aferrarnos con fuerza a las instituciones que proporcionan estabilidad y certidumbre. La caída del Muro de Berlín y la debacle del comunismo nos brindaron enormes retos. El auge de India y China y el rápido avance de la globalización también entrañan nuevos retos. Además, las nuevas amenazas que para la seguridad entraña el terrorismo internacional han sacudido a nuestras sociedades.

Como es lógico, llevamos cientos de años enfrentándonos a grandes cambios en nuestras sociedades pero, en el siglo XXI, estamos experimentando profundos avances sociológicos que son el resultado del cambio tecnológico y el descubrimiento científico. Es preciso que nuestras naciones cuenten con un punto de referencia, un referen-

te de estabilidad, una institución que preserve la esencia misma de lo que nos hace ser españoles, británicos u holandeses, por poner un ejemplo. Para mí, esa institución es la monarquía.

Por mi condición de conservador británico, quizás poco debería sorprender que la institución de la monarquía sea un elemento central de mis puntos de vista. No olvidemos que el nombre “conservador” en sí mismo implica una tendencia a preservar las estructuras e instituciones básicas que constituyen los cimientos de nuestra sociedad. La realidad es mucho más complicada. Creo que, en general, los fundamentos del cambio de cualquier aspecto de nuestra sociedad y, sin lugar a dudas, de algo tan fundamental como nuestras estructuras constitucionales, deben ser argumentados y demostrados más allá de cualquier duda razonable. Para mí, la máxima debe ser “si no

está estropeado, ¿por qué arreglarlo?” Ante todas las vicisitudes de la vida moderna, yo argumentaría que la combinación de la democracia parlamentaria y la monarquía constitucional proporciona una estabilidad y certidumbre que no pueden encontrarse en ninguna otra institución.

En este artículo trataré de ahondar en los motivos por los que, a mi juicio, la monarquía ofrece una estabilidad casi intangible que refuerza nuestra democracia y contribuye al progreso pacífico de nuestras sociedades.

A una escala puramente personal, hace unos años tuve el privilegio de servir a la Reina en calidad de Vicechambelán de la Casa Real [británica]. Como miembro del Parlamento británico, tenía la obligación de garantizar que Su Majestad estuviera informada de los debates mantenidos en la Cámara de los Comunes. Por ese motivo puedo dar fe de su inmenso conocimiento y entendimiento del proceso político y parlamentario, y de su gran concienciación del papel fundamental que el Parlamento desempeña en la vida de nuestra nación.

Un monarca constitucional proporciona a un país, por encima de todo, una sensación colectiva de sí mismo. El monarca encarna los valores y creencias eternos de una nación, sin la parcialidad de un partido político concreto o un determinado sector de la población. Los reyes representan a toda la nación, a todo el pueblo, con independencia de su clase social, credo religioso o filiación política. A mi modo de ver, ahí es

donde reside la invulnerable fortaleza de la monarquía. Los monarcas reinan por encima y más allá del debate político, son una figura emblemática capaz de ofrecer al pueblo un símbolo de unidad nacional que representa los valores de un país ante el mundo exterior. Ni con toda la voluntad del mundo puede un presidente electo desempeñar esa función exactamente de la misma manera. Los presidentes dependen de los caprichos efímeros y las afinidades políticas de las sucesivas generaciones. Incluso, pueden depender de los votos de un número relativamente reducido de políticos electos si el sistema exige un voto parlamentario en lugar del voto del conjunto de la nación. La primera afinidad de un monarca es con su pueblo, con todos sus súbditos, no con un determinado partido político o sección del electorado. Los monarcas no dependen del mecenazgo político ni dispensan ese mecenazgo. Ese es un aspecto esencial de la monarquía constitucional, un aspecto que quienes vivimos en un sistema monárquico deberíamos mimar. Hubo una ocasión en que la baronesa Thatcher resumió las inestimables ventajas de la monarquía con las palabras siguientes: “Quienes imaginan que un político sería mejor figura emblemática que un monarca hereditario quizás debería conocer a más políticos”.

Nuestra experiencia histórica de la monarquía es, por supuesto, distinta de la de España y, por supuesto, de otras naciones europeas. Lógicamente, se han producido períodos de inestabilidad. A finales del siglo XIX, el republicanismo ganó terreno en Gran Breta-

ña al percibirse que la Reina Victoria, de luto por el fallecimiento de su esposo, el Príncipe Alberto, estaba descuidando sus deberes como monarca. De hecho, el debate sobre si Gran Bretaña debía abolir la monarquía fue tan intenso que un destacado estadista de la época manifestaría: “La república debe imponerse y, al ritmo al que avanzamos, llegará en nuestra generación”. En los años treinta del siglo XX tuvimos que enfrentarnos a la dura prueba de la abdicación de Eduardo VIII y, más recientemente, el fallecimiento de la Princesa Diana de Gales originó un debate nacional sobre la continuidad de la pertinencia de la monarquía en la época moderna. La monarquía británica ha sobrevivido a esas y otras muchas pruebas sobre su legitimidad y la Reina continúa siendo hoy en día una jefa enormemente respetada del estado británico y de la Commonwealth. Las encuestas de opinión traslucen que el pueblo admira su tenacidad, su nobleza, su sabiduría, su dedicación al deber y su amor por su país. Los británicos ven en ella un símbolo de su nación y la esencia misma de lo que nos hace ser británicos.

Por tanto, el primer punto fuerte inexpugnable de la monarquía constitucional es su condición de institución de rango superior al de la política y dotada de una capacidad única de unificar al país, especialmente cuando atraviesa por tiempos difíciles.

El segundo gran punto fuerte de la monarquía constitucional es la estabilidad política. Si una nación tiene estabilidad política, es capaz de sobrepo-

nerse a casi cualquier cosa. Sin lugar a dudas, se trata de un poderoso activo para cualquier nación, viviendo, como vivimos, en un mundo de peligros y riesgos. ¿Quién puede dudar que Bélgica, por ejemplo, en su actual crisis de gobierno, estaría mejor con un Presidente que tuviera afinidad con un partido político? Los belgas entienden que su Rey es un poderoso símbolo de unidad y estabilidad nacional.

En Gran Bretaña, la Reina Isabel ha sido una figura unificadora durante los últimos años, en los que se han creado parlamentos y asambleas en Escocia, Gales e Irlanda del Norte. Ningún partido con peso en el Reino Unido (exceptuando los republicanos de Irlanda del Norte) defiende la abolición de la monarquía. Los partidos agradecen la importancia constitucional de un Jefe de Estado unificador capaz de suministrar el aglutinante necesario que une a las naciones y pueblos de nuestra isla. Incluso los nacionalistas escoceses, ahora en el gobierno en Edimburgo, han dejado claro que mantendrían a la Reina como Jefe de Estado en el (improbable) caso de la independencia de Escocia.

La estabilidad política es algo que muchos europeos occidentales damos por hecho. No obstante, hemos de ocuparnos de alimentarla. Quienes defienden el enorme cambio constitucional, con bastante frecuencia tienen un interés y una agenda política estrechos de miras. Quienes creemos en el valor inherente de la monarquía estable también somos conscientes de la estabilidad que aporta en forma de bienestar eco-

nómico de una nación. Cuando un país tiene estabilidad política con un monarca constitucional, la percepción de ese país en el extranjero es buena, lo cual no sólo resulta valioso desde el punto de vista de las relaciones fundamentales, sino que se trata de un incentivo fundamental para inversores extranjeros que deben decidir dónde invertir su dinero y experiencia. En este mundo de cambio e incertidumbre en el que vivimos, no me cabe ninguna duda de que el Reino Unido se ha beneficiado enormemente de las condiciones políticas y constitucionales estables de que hemos disfrutado a lo largo de los años. La Reina personifica y proyecta esa estabilidad. Se trata de una faceta de la monarquía constitucional que ignoramos por nuestra cuenta y riesgo.

El tercer gran punto fuerte de la monarquía, en especial para quienes vivimos en el Reino Unido, es la sensación de continuidad y sabiduría acumulada que un monarca personifica. En el caso de la Reina Isabel, su reinado se ha prolongado durante más de medio siglo. Durante ese tiempo, la Reina ha estado ahí para aconsejar a todos los Primeros Ministros (once en total, incluido Sir Winston Churchill). Ese nada despreciable récord es, por supuesto, único en la historia moderna. No todos los monarcas cuentan con ese grado de experiencia y sabiduría acumuladas que poner a disposición del jefe de gobierno electo. Sin embargo, todos los que han estado al servicio de la Reina Isabel como primeros ministros han sido plenamente conscientes, a la hora de despachar con ella asuntos

de estado, que posee una extraordinaria visión histórica de la evolución política y económica de la Gran Bretaña de la posguerra. La Reina conoce el sentir y el carácter británicos de una manera que pocos políticos pueden esperar emular jamás, es capaz de interpretar el estado de ánimo nacional como ninguna figura política transitoria puede esperar igualar. Además, conoce a la perfección las motivaciones inherentes a las metas políticas extranjeras de muchas otras naciones, un valiosísimo activo para Gran Bretaña en su empeño por materializar sus propias ambiciones políticas extranjeras en el mundo moderno.

Por supuesto que hay quienes argumentan que una monarquía hereditaria es una aberración en una democracia parlamentaria moderna. Pese a que, sin duda, son sinceros, están equivocados. Quienes afirman que el principio hereditario es enemigo del desarrollo de un país moderno y dinámico quizás deberían volver la vista hacia Gran Bretaña, Holanda, Suecia, Noruega o Dinamarca. Las monarquías de cada una de esas naciones funcionan de formas diferentes, reflejando sus respectivas historias y características nacionales. Sin embargo, nadie puede sugerir seriamente que la monarquía haya socavado el progresivo desarrollo económico o político de esas naciones. Más bien lo contrario, si tenemos en cuenta la prosperidad de esos países.

También hay quienes argumentan que una monarquía hereditaria es errónea en la era de la meritocracia. ¿Por qué,

preguntan, debe una persona ser elevada a la más alta posición de la tierra sencillamente por dónde le ha tocado en suerte nacer? Su argumento es que la monarquía tiene sus raíces en el pasado y que entraña deferencia. En mi humilde opinión, olvidan lo esencial. En líneas generales, resulta poco probable que los presidentes electos sean hombres o mujeres corrientes de la calle. Resulta más probable que sean políticos y, por consiguiente, ya forman parte integrante de lo que en Gran Bretaña denominamos el “Establishment” (el sistema). La gran ventaja de un monarca es que está por encima de todas las diferencias de clase social y económica. Su único interés es el bienestar del reino y su pueblo, no de una parte concreta de la sociedad. El monarca está, por definición, por encima de la clase y la posición social.

Que un país pase de la monarquía a una república presidencial no es un paso desdeñable. Quienes deben demostrar la pertinencia de un cambio tan fundamental son quienes abogan por él. Deben demostrar sin ninguna duda razonable que la monarquía es nociva y, al mismo tiempo, que una alternativa republicana ofrece un sistema de gobierno mejorado. Yo no estoy aún convencido de que la postura de muchos defensores de ese cambio no obedezca únicamente a un idealismo o ideología política.

En Gran Bretaña, la justificación de una república es coto casi exclusivo de la izquierda política, que se alimenta de las supuestas injusticias y desigualdades de la nación para, a continua-

ción, dirigir sus ataques políticos contra la institución de la monarquía, a la que optan por retratar como protectora del privilegio y la abundancia económica. En justicia, no siempre es la izquierda quien defiende esas posturas. En Australia, por ejemplo, hay algunos políticos de derechas que buscan una ruptura con la monarquía británica y su sustitución por un presidente electo. Con todo, en la era moderna, la justificación del cambio la ha defendido predominantemente los izquierdistas o la extrema izquierda, de manera que es a ellos a quienes hemos de pedir respuestas. Hasta la fecha, la mayoría de los británicos se han mostrado insensibles a los ataques de la izquierda radical contra la monarquía. A ellos, al igual que a mí, les preocupa que las motivaciones de la izquierda tengan sus raíces en una meta política mucho más amplia, a saber, redefinir los cimientos mismos sobre los que descansa nuestra sociedad. Esa forma de pensar engendra inestabilidad e incertidumbre en el seno de las naciones y nosotros hemos de tratar de evitar seguir por ese camino, por el bien de nuestras naciones y pueblos.

Una vez abordados los argumentos que plantean los republicanos para justificar el cambio, quisiera terminar con un mensaje positivo y optimista. El extraordinario e impresionante progreso de España durante los treinta últimos años es algo que muchos británicos admiran. Los avances políticos y económicos alcanzados están a la vista de todos. Hoy en día, España se alza como uno de los principales países de la UE, la OTAN y las Nacio-

nes Unidas. Cuando España habla, los demás escuchan. Como observador objetivo pero, con todo, admirador de lo que España ha conseguido en los últimos tiempos, sólo puedo decir que continúen en su empeño. Europa ve a España como un aliado sólido y estable, y como una nación que ha conseguido enormes avances económicos. Fundamental para el desarrollo de España y fundamental para la continuidad de la prosperidad de mi propio país, el Reino Unido, es la percepción de estabilidad.

Los políticos van y vienen. Los partidos políticos ganan y pierden. Las modas políticas cambian. Sin embargo, la monarquía constitucional sigue siendo un símbolo sólido y perdurable de la determinación de un país de conservar lo mejor de sí mismo, al tiempo que facilita un cambio pacífico y cuidadoso para adaptarse a las necesidades del mundo moderno. En la monarquía tenemos el mejor de todos los mundos posibles. Creo que la justificación de una monarquía constitucional es, hoy en día, más sólida de lo que jamás haya sido.